

Perspectivas ecologistas sobre el tema de nuestro tiempo

Si algo merece el título de tema de nuestro tiempo es la novedad y los desafíos que nos imponen la extralimitación planetaria, la transición justa y los riesgos de que la humanidad fracase en esta empresa colectiva. Un asunto que, a su vez, tiene una marcada impronta generacional, tanto en la tensión sobre los efectos, las causas y las responsabilidades de los daños ecológicos como también en las diferentes perspectivas generacionales con las que el movimiento ecologista asume su papel histórico y los nuevos retos del siglo XXI.

Con el objetivo de profundizar en la riqueza y la pluralidad de estas perspectivas ecologistas, y poner en debate distintos enfoques y diagnósticos, se reúne en esta sección de la revista las respuestas de seis personas muy representativas del movimiento ecologista en España, que pertenecen a generaciones distintas y están comprometidos con militancias diferentes, a un cuestionario común de cinco preguntas. Son las que siguen:

1. ¿Qué balance realizas de la trayectoria histórica del ecologismo como movimiento transformador, en general pero particularmente en España? ¿Qué victorias, qué derrotas, que lecciones, que sorpresas destacarías de estas décadas de movilización y lucha en diversos frentes?

2. La situación socioecológica del presente es objetivamente propensa a diagnósticos muy pesimistas. También a otros menos desazonadores. ¿Cuáles serían, para ti, los dos-tres rasgos que caracterizan mejor nuestra coyuntura?

3. El futuro siempre está abierto, pero también se prefigura en base a las apuestas políticas que manejemos. ¿Cuáles son las proyecciones sobre la crisis y la transición ecológica que te parece más razonable esperar y qué riesgos enfrentan?

4. El qué debemos hacer ante la crisis ecológica, y las motivaciones (el por qué) son temas de creciente consenso. Parece que nuestro gran reto sigue siendo pensar en el cómo, en la capacidad de incidir. ¿Qué asuntos en juego identificas como aquello en lo que deberíamos concentrar esfuerzos colectivos en pos de una transición ecológica justa? ¿A través de qué medios?

5. Por último, nos gustaría que realizaras una breve reflexión, muy abierta, en clave generacional ecologista (puede basarse en la autocrítica, en la preocupación, en la pedagogía, en la duda, en cuestiones afectivas o emocionales...). En un diálogo con otras generaciones del ecologismo, más mayores o más jóvenes según el caso, ¿qué reflexión compartirías? ¿Dónde pondrías el acento para trenzar un saber compartido entre generaciones diferentes?

Para responder a este cuestionario, hemos contado con la colaboración de Cristina Narbona, senadora del PSOE y ministra de Medio Ambiente de España entre 2004 y 2008;

Jorge Riechmann, filósofo ecosocialista de referencia en lengua castellana, Yayo Herrero, antropóloga y destacada pensadora y activista ecofeminista; Joan Herrera, ex coordinador de ICV y ex director del Instituto de Diversificación y Ahorro Energético; Gemma Barricarte, arquitecta e impulsora del movimiento juvenil Fridays For Future y Martín Lallana, joven investigador ecosocial y militante de Anticapitalistas.

Cristina Narbona

1.

A finales de los años setenta descubrí la relación entre ecología y economía, y llegué a implicarme con un grupo ecologista en la lucha antinuclear. He seguido pues muy de cerca la actividad del movimiento ecologista, determinante durante los últimos cincuenta años en el cuestionamiento del paradigma economicista, tanto en España como en muchos otros países, primero en Estados Unidos y en Europa, y progresivamente en América Latina y en Asia.

La principal victoria ha sido la creciente concienciación sobre los efectos de toda forma de contaminación y en particular sobre el cambio climático, efectos que hoy conocen la mayoría de los jóvenes del planeta, que comprenden además sus graves consecuencias sociales y que se movilizan exigiendo respuestas. Buena parte de los partidos políticos han incorporado a su agenda estas cuestiones, e incluso se ha propiciado un mayor compromiso de las empresas frente a la creciente demanda de una mayor responsabilidad social corporativa.

A ello ha contribuido significativamente el avance del conocimiento científico y la progresiva evidencia de las consecuencias de los desequilibrios ambientales. Pero se ha avanzado demasiado poco, teniendo en cuenta la gravedad de los procesos en curso.

2.

Hay suficientes razones para el pesimismo, por la lentitud de la respuesta frente a la aceleración y la irreversibilidad de la degradación planetaria. Pero creo que no debemos dejarnos llevar por el pesimismo: existen elementos para la esperanza, que tenemos la responsabilidad de promover individual y colectivamente. Cada vez resulta más evidente que se puede garantizar más salud y bienestar así como una prosperidad duradera y justa, implantando un modo de producción y de consumo con menos contaminación, menor uso de recursos naturales y menor destrucción de ecosistemas. Toca ser activistas y poner en valor cada paso que se da en la buena dirección. Si hubiera que resumir la coyuntura en pocas palabras, diría: avance tecnológico y científico, resistencia al cambio y resurgir de peligrosas posiciones negacionistas en el ámbito de lo social y de lo ambiental.

3.

La guerra en Ucrania ha puesto de manifiesto dramáticamente la dependencia de la UE de los hidrocarburos rusos y la consiguiente urgencia de la transición energética, el principal vector de la transición ecológica. La tecnología permite ya el uso masivo de energías renovables a precios competitivos. Pero lamentablemente muchos gobiernos apuestan por prolongar la dependencia de los combustibles fósiles (no procedentes de Rusia), así como de la energía nuclear. Hay un riesgo cierto de no cumplir con los compromisos de descarbonización derivados del Acuerdo de París; tampoco se avanza lo

suficiente en otros desafíos, como la preservación de la biodiversidad terrestre y marina, todavía hoy algo menos visibles que el cambio climático.

4.

En efecto. El diagnóstico y las razones para actuar están ya muy consolidados. Donde se falla, por desgracia, es en la efectiva implementación de los acuerdos internacionales, y en la correspondiente legislación y medidas aprobadas a nivel nacional. Creo que es necesario avanzar en un enfoque “Aarhus” a escala internacional: garantizar el acceso a la información, a la participación y a la justicia en materia ambiental, con la implicación de la Corte Penal Internacional - de forma que se castiguen de forma contundente los delitos ecológicos-. Una ciudadanía global, mejor informada y conectada gracias a las nuevas tecnologías, puede ser determinante para el cambio de paradigma, sobre todo si además se cuenta con herramientas para que no queden impunes los incumplimientos de los numerosos acuerdos internacionales en materia ambiental.

5.

Creo que con las generaciones pioneras, así como con las venideras, es necesario un esfuerzo de identificación de las razones de la lentitud en la respuesta ante los desafíos ecológicos, sin eludir los posibles fallos del movimiento ecologista. Seguramente se ha hecho mucho más énfasis en la (ineludible) denuncia de los problemas y en su extraordinaria gravedad, que en la viabilidad de soluciones que garanticen bienestar y equidad social. Todavía una parte importante de la opinión pública considera al ecologismo como una rémora para la actividad económica y la creación de empleo, y resulta urgente visibilizar ejemplos concretos que desmientan esa opinión. Y eso es crucial para convencer a los ciudadanos en el ámbito urbano y todavía más en el medio rural: en España resulta mucho más difícil impulsar la transición ecológica en la agricultura, la ganadería... que en lo relativo a la industria o a la energía. Y por supuesto creo que el elemento más convincente es el vínculo entre medio ambiente y salud.

Jorge Riechmann

1.

En los años 1970 las cosas se veían venir. Así, por ejemplo, Bernard Charbonneau, en las páginas de prefacio que redacta en 1973 para su libro *El sistema y el caos* (una lúcida crítica de las sociedades industriales entregadas al crecimiento económico, que se identifica con el Progreso en mayúsculas), escribe en Francia: “Si prosigue el incremento acelerado de una población con producción acrecentada, llegará un momento en que lo que nos faltará no serán hierro o automóviles, sino los elementos mismos: el agua, el espacio, los minutos”. Hoy esa previsión profética se ha materializado, por desgracia (y por eso decimos que nos hallamos en la Era de las Consecuencias): la continuación del crecimiento industrial nos ha conducido a la situación dantesca en que incluso los elementos más abundantes en la Tierra, como el agua o la arena (de cierta calidad), se vuelven escasos.

Los movimientos ecologistas han luchado durante más de medio siglo para evitar que sucediese lo que está sucediendo, para evitar que llegásemos donde ahora nos hallamos: el calentamiento global en camino de convertirse en hecatombe climática, el agotamiento de los recursos minerales (comenzando por el petróleo), la destrucción masiva de ecosistemas, suelo fértil, especies, poblaciones y seres vivos; la degradación, el

empobrecimiento y el envenenamiento de la biosfera. Estos movimientos han luchado no por “salvar el planeta” sino para preservar las opciones de vida buena (para los seres humanos y las demás criaturas), y para evitar el ecocidio.

“Obtenemos pequeñas victorias y grandes derrotas”, declara Felipe Fuentelsaz, coordinador de agricultura de WWF-Adena, una de las “cinco grandes” entre las organizaciones ecologistas/ ambientalistas españolas (citado en Esther Sánchez, “El grito de Doñana”, *El País Semanal*, 30 de octubre de 2022). Se está refiriendo a la desecación del Coto de Doñana (¡la “joya de la corona” de la protección de la naturaleza en España!) por culpa de la agricultura intensiva y el turismo, pero el diagnóstico valdría para más de medio siglo de esfuerzos ecologistas. Pequeñas y significativas victorias... que no deberían engañarnos respecto a la derrota grande del movimiento.

En nuestro país, y pensando en términos macrosociales, el movimiento logró éxitos en importantes luchas defensivas (conservación de valiosos espacios naturales, como el coto de Doñana que ahora se ve amenazado; paralización de una parte del desafortunado programa nuclear de los años setenta; rechazo del Plan Hidrológico Nacional de Borrell y Aznar...), pero fracasó en su aspecto constructivo: avanzar hacia nuevas formas de vivir, producir y consumir. El cuestionamiento en serio del capitalismo –patriarcal, colonial, fosilista, ecocida–, una vez cerrada la ebullición emancipatoria que se dio al final del régimen franquista y durante la primera fase de la Transición, ha sido asunto sólo de franjas marginales de la sociedad española; y también resultó minoritario dentro de los movimientos ambientalistas y ecologistas.

Faltó, por lo general, una comprensión mejor del carácter sistémico de la dominación capitalista y de la potencia autoexpansiva de la acumulación de capital. No se percibió lo suficiente la necesidad de pensar –y construir– el ecologismo como un movimiento revolucionario. Se creyó que había ciertos espacios para avanzar dentro del capitalismo realmente existente, espacios que a la postre eran mucho más exigüos de lo que se percibía. Hablo de esto en primera persona: antes del decenio de 2010 yo también concedí demasiado crédito a las ilusiones renovables, yo también confié demasiado en la posibilidad de cambios dentro del marco de la sostenibilidad, yo también pensé que sindicatos como CCOO podrían ecologizarse significativamente por la vía de la transición justa y los Green Jobs dentro del capitalismo. Por eso me apena hoy la reincidencia en esta clase de ilusiones de brillante gente joven que apuesta por un Green New Deal para el que ahora todavía hay menos espacio ecológico (y político) que hace treinta años.

Pensando ahora en términos supranacionales (desde esa “conciencia de especie” que invocaban los movimientos ecologistas de los años 1970), diría que hubo dos errores teóricos capitales en aquel decenio, cuyas consecuencias se alargan hasta hoy mismo: por una parte, el rechazo indiscriminado de la *deep ecology*, con su cuestionamiento del marco antropocéntrico dominante en la concepción del mundo occidental y su insistencia en un cuestionamiento profundo de nuestros modos de vida. Y, en segundo lugar, la incompreensión de las cuestiones sobre economía, ecología y termodinámica que planteaba la bioeconomía de Nicholas Georgescu-Roegen, quien mostró que el carácter entrópico de las actividades de producción y consumo exigía pensar de otra manera, por ejemplo, las transiciones energéticas. En definitiva, ignorar (o incluso desacreditar) a Arne Naess y a Georgescu-Roegen fue una mala idea en los años 1970, cuyos desgraciados efectos estamos pagando todavía.

2.

Hace un tiempo, el ensayista estadounidense Mark Lilla escribió un texto en *The New Republic* (publicado en español en *Letras Libres*) sobre “nuestra era ilegible”. En él decía

Lilla que “aunque no sirviera para nada más, la Guerra Fría hacía que nos concentráramos”. Para mucha gente, ese enfrentamiento mundial ordenaba y simplificaba la realidad. Había dos bloques ideológicos claros, con sus propias cosmovisiones y proyectos de civilización. Hoy sin embargo nos encontraríamos huérfanos de sentido, desconcertados ante realidades opacas. Lilla afirma que “carecemos de conceptos adecuados o, incluso, del vocabulario apropiado para describir el mundo en que vivimos”. Daniel Innerarity dice por su parte que los seres humanos de épocas anteriores vivían mucho peor que nosotros, “podían pasar hambre y sufrir la opresión, pero no estaban perplejos”.

Bien: este diagnóstico, entonces, nos habla de una realidad tan compleja y fragmentada que roza lo ininteligible. Y sin embargo, los movimientos ecologistas —con su atención a los metabolismos ecosociales de nuestras colectividades— sí que tienen un “vocabulario apropiado para describir el mundo en que vivimos”: un vocabulario que nos habla de metabolismo ecosocial, de aprovechamiento energético, de la excepcionalidad físico-química de los combustibles fósiles, de productivismo y extractivismo, de GEI (Gases de Efecto Invernadero) y calentamiento global, de ecosistemas y biodiversidad; y que no por ello descuida hablar también de financiarización, desigualdad social o geopolítica del petróleo.

Sin embargo, ese vocabulario adecuado, cuando se usa de manera veraz, no nos permite pintar un futuro brillante, sino más bien lo contrario. Nos remite a un presente y a un porvenir de sangre, sudor y lágrimas. Con lo cual —a nadie se le escapa— tenemos un problema político y comunicativo de primera magnitud.

La huella ecológica de la humanidad hoy supone 1'7 veces la biocapacidad del planeta Tierra. ¿Hay freno y marcha atrás en el *overshoot* ecológico? Nuestras sociedades, de forma mayoritaria, no contemplan otra opción que crecer (que crezca el PIB), y a continuación añaden el conjuro: “de forma sostenible”. Tampoco las izquierdas (salvo excepciones minoritarias) se plantean otra cosa. Y sin embargo eso no es posible... No vamos a triunfar sobre las leyes de la física y la biología.

En los últimos años, dos procesos de largo alcance han ensombrecido todavía más las perspectivas de cualquier transición ecológica poscapitalista “buena”: en primer lugar, la digitalización acelerada bajo la égida de un oligopolio de megaempresas privadas (GAFAM); en segundo lugar (y pensando aquí sobre todo en Europa) la militarización rampante asociada con la guerra en Ucrania (que ha reforzado el lamentable papel subalterno de la UE respecto al imperialismo de EEUU). ¿Alguien puede creer que, en un mundo dominado por la competencia salvaje entre potencias imperialistas, cada una buscando sobrepasar a las otras en fuerza militar y tecnocientífica para la dominación, podrá hacerse frente de verdad a la crisis ecológico-social?

3.

[Jorge Riechmann ha dejado la pregunta tres sin responder].

4.

Si —como creo— la cuestión de los límites biofísicos y la reinserción de los sistemas humanos en los sistemas naturales es el principal hilo conductor de la historia de los ecologismos, entonces las propuestas de decrecimiento desempeñan un papel central. De hecho, no hay que verlas como un invento francés en torno al cambio de siglo XX-XXI, sino como la actualización de tesis ecologistas enunciadas desde hace decenios.

La estructura de los conflictos ecosociales en torno a la implantación rápida y masiva de renovables de alta tecnología (aerogeneradores y placas fotovoltaicas) por una parte,

y la ganadería extensiva por otra, es análoga. Sus promotores (entre los que hallamos a una parte de los movimientos ecologistas) dan a entender que es posible una simple sustitución (de combustibles fósiles por renovables; de ganadería industrial por extensiva) para seguir viviendo más o menos como hasta ahora, sin descensos muy importantes en el consumo (de energía, de carne) y sin cuestionar el capitalismo. Pero como tal simple sustitución no es posible, estos promotores se ven por desgracia empujados hacia las posiciones negacionistas en sentido amplio (negacionismo de los límites biofísicos) que son mayoritarias en la sociedad. Y con ello se alejan de lo que tendría que ser una transición ecológica en serio (y no meras operaciones de maquillaje, ecoblanqueo y propaganda verdosa).

Se podría hacer una reflexión análoga sobre otras dimensiones de conflicto ecosocial: gestión del agua, hidrógeno “verde”, combustibles sintéticos para aviación... En todos los casos, si comenzásemos por reconocer de entrada que no se puede prolongar la trayectoria expansiva, y que nos hace falta un decidido “menos y mejor” (decrecimiento poscapitalista), podríamos plantearnos trayectorias de cambio razonables que hoy no están a nuestro alcance.

Pero responder en serio a estas preguntas sobre transiciones ecosociales exigiría mucho más espacio del que permite esta encuesta. Me limito a algunas someras indicaciones: A) socializar algunos sectores básicos para cualquier transición ecológica real, sobre todo el oligopolio energético, los bancos y las demás empresas financieras. B) Renaturalizar zonas extensas de la superficie terrestre, al tiempo que dejamos bajo tierra la mayor parte de los combustibles fósiles aún existentes. C) Organizar una transición agroecológica en plazos breves, atreviéndonos a realizar una reforma agraria profunda y a reordenar las relaciones campo-ciudad. D) Asumir que cualquier transición ecológica real ha de ser fuertemente decrecentista en el uso de energía y materiales (y por ello debería ser capaz de organizar de forma igualitaria una contracción económica de emergencia) y que ello implica que nuestros modos de vida imperiales no pueden continuar. ¿Están a nuestro alcance estos cambios radicales, es decir: cabe concebir la construcción en tiempo y forma de un sujeto revolucionario que lleve adelante esta clase de transición ecológica ecosocialista descalza? Me temo que no, y que eso marca, ay, la tragedia de nuestro tiempo.

La Gran Desproporción (una de cuyas dimensiones es la brecha que media entre lo que somos capaces de hacer políticamente y lo que deberíamos hacer) nos remite a lo que en alguna ocasión he llamado una política de lo imposible. Un punto de arranque: esa Gran Desproporción se da en la propia condición humana. Lo formula el pintor Yves Berger con agudeza, en un breve libro (Tu turno) escrito como intercambio epistolar con su padre, John Berger: “Salí del cuerpo de mi madre, ella salió del cuerpo de la suya y así sucesivamente... Podemos mirarlo desde todos los puntos de vista, pero siempre hay algo demasiado grande para nosotros en la vida. Demasiado grande para poder pensarlo, poder verlo, poder escucharlo. Entonces, para poder tirar adelante desde el nacimiento hasta la muerte, todos tenemos que encontrar una manera de lidiar con este demasiado grande. Y lo menos que podemos decir es que no resulta fácil...”

Si nos abrimos a eso inconmensurable en la propia condición humana, eso hacia lo que apuntamos a veces con palabras como “misterio de existir”, ¿lograríamos empezar a orientarnos hacia aquella clase de política que hoy se nos aparece como pura imposibilidad? Ésta sería la respuesta de John, el padre de Yves: “Si seguimos a Spinoza y suponemos que todo lo que existe es indivisible porque este todo constituye una totalidad, vemos la grandeza como algo que nos rodea, que nos incluye en lugar de enfrentarnos. Y éste es el misterio que el arte se esfuerza en presentarnos. (...) Admitimos y reconocemos el inmenso todo con nuestras acciones (gestos) de solidaridad y al

compartir algo. Tales acciones encarnan esperanza, que es tan grande (no por lo que promete, sino por su propia naturaleza) como el Big Bang, ¡hace 13.800 millones de años!”

Para Manuel Sacristán, Guillevic era “uno de los poetas comunistas menos leídos y mejores” del siglo XX. Y citó de memoria (en el coloquio que siguió a una importante conferencia suya en 1979) estos versos: *Nous n’avons jamais dit/ Que vivre c’est facile* (No hemos dicho nunca que vivir sea fácil)/ *Et que c’est simple de s’aimer...* (ni que sea sencillo amarse)/ *Ce sera tellement autre chose* (Pero será todo muy distinto)/ *Alors. Nous espérons* (Por lo tanto, esperamos). Seguía Sacristán aclarando: “Guillevic era del PCF, pero no es casual que el poeta importante, célebre y casi oficial del PCF fuera Aragon, con su progresismo, y no Guillevic, con su esperancismo, por así decirlo.”

Esperanza no quiere decir que tengamos ninguna victoria garantizada (a esa clase de creencias las llamamos más bien optimismo): quiere decir que no vamos a dejar de luchar. Es lo que sugería también Mike Davis: “No creo que la esperanza sea una categoría científica. Y no creo que la gente luche o mantenga el rumbo por esperanza. (...) Escribo porque espero que las personas que lo lean no necesiten un montón de esperanza o buenos finales, sino que lean para saber contra qué pelear, y pelear incluso cuando la pelea parezca inútil.”

5.

Visto de forma retrospectiva, el despliegue del paradigma del “desarrollo sostenible” habrá sido una de las mayores (y quizá la más fatídica) entre las operaciones de relaciones públicas en la historia humana. Por lo demás, ahora el adjetivo “regenerativo” ya va camino de convertirse en el nuevo “sostenible”, tan vacío y propagandístico como éste. Así, por ejemplo, se promocionaba una conferencia en la Facultad de CC. Económicas y Empresariales de la UAM, el 16 de noviembre de 2022: “La Economía Circular como nuevo modelo de crecimiento regenerativo: la creación de valor a través de los residuos”. Igual que “sostenible”/ “sustentable”, lo “regenerativo” es una noción importante cuyos orígenes se sitúan en el ecologismo, aunque por desgracia esté siendo recuperada y desvirtuada con rapidez por el Sistema (en el marco del “capitalismo verde”).

Cuando aún era posible cambiar de rumbo, el “desarrollo sostenible” nos fijó sólidamente dentro de un marco de reforma capitalista (que por otra parte no tuvo lugar). Una buena parte del movimiento ecologista cayó (caímos) en esa trampa, sin advertir que, como ha escrito alguna vez George Monbiot, “es inútil e innecesario tratar de persuadir a la gente en la esquina opuesta. Al tratar de hacerlo, hemos destruido la eficacia de nuestros movimientos, comprometiéndonos sin cesar por miedo a alienar a los más antagónicos a nosotros”. Y eso explica cómo hoy, en los movimientos de componente mayoritariamente juvenil radicalizados en torno a la cuestión del calentamiento global (Fridays for Future, Extinction Rebellion, Futuro Vegetal, etc), mucha gente identifica el ecologismo con un ambientalismo ramplón, reformista e integrado en el sistema.

Así, por ejemplo, Bilbo Bassaterra, seudónimo bajo el que trabaja un activista de Rebelión contra la Extinción y fundador de Futuro Vegetal, afirma (en unos tuits del 22 de diciembre de 2022) que “quien piense a estas alturas que el movimiento climático es un movimiento ecologista es que no está entendiendo nada”. ¿Cómo es eso, Bilbo? Pues porque “estamos hablando de autogestión, de fin del modelo capitalista, de migraciones, de represión institucional, de soberanía energética y alimentaria, de distribución de la toma de decisiones... Lo de tener un planeta habitable me parece solo una condición para todo lo demás”. Vaya, este joven describe justo lo que vengo llamando desde hace tiempo ecologismo consecuente, o aquello que Ecologistas en Acción reivindica como ecologismo social. Pero, como se ve, está manifestándose una desconexión generacional

notable. Si el ecologismo acaba identificándose con “la moda de los paneles solares y el kilómetro cero”, una honrosa historia de seis decenios acabará de forma tristísima.

La conclusión de cualquier análisis realista de lo que está sucediendo en los ámbitos del clima, la energía y la biodiversidad sería: esto no va a acabar bien. Pero, frente a tan difícil panorama, quienes deseamos poder mirarnos al espejo cada mañana sin sentir demasiada vergüenza no debemos dejar de luchar. Eva García Sempere ha evocado en alguna ocasión los orígenes de su compromiso social en el seno del movimiento vecinal en Málaga, donde cristianos de base de la HOAC solían decir: “La esperanza no es ser, es hacer”. Quizá incluso mejor: la esperanza no es estar (esperanzado), es hacer. Un ejemplo impresionante de esta actitud lo proporciona el pensador y dirigente indígena brasileño Ailton Krenak, al final de su breve libro *La vida no es útil*.

“Hace dos años que estoy viviendo en la margen izquierda de un río junto con otras familias de mi pueblo que, desde el punto de vista práctico, tenían que haber sido sacadas de aquí”, explica Krenak. El valle del río Doce (al que los indígenas krenak prefieren llamar Watu, “nuestro abuelo”) es el territorio ancestral de este pueblo amerindio, cuya ecología está desde hace años profundamente afectada por la actividad minera. El desastre tuvo lugar en diciembre de 2015: el río fue devastado por el colapso de un dique minero en el municipio de Mariana (Minas Gerais, en el sudeste de Brasil). Una más entre las tragedias del extractivismo... La presa, de la que era responsable la empresa Samarco – propiedad de la brasileña Vale y de la anglo-australiana BHP-Billiton–, contenía casi sesenta millones de metros cúbicos de residuos de minerales cargados con peligrosas sustancias contaminantes. El tsunami de lodo que se formó tras su ruptura mató a 19 personas, arrasó varias localidades y recorrió más de seiscientos kilómetros por el Río Doce hasta el océano Atlántico, devastando fauna y vegetación a su paso.

Antes de la rotura de la presa, los krenak vivían a orillas del río Doce (sagrado para ellos) gracias a la pesca; además se abastecían del agua del río para beber y regar sus huertos. Pero la contaminación masiva de sus tierras les privó de sus medios de subsistencia. Ahora ya no pueden pescar en el río que se volvió ocre: las 136 familias de esta tribu sobreviven gracias a la venta de artesanías y a medidas de emergencia tomadas tras la catástrofe, sobre todo para el abastecimiento de agua potable. Pero no han querido abandonar su tierra, a pesar de toda esta destrucción. Explica Ailton Krenak: “Los krenak no aceptamos ser retirados, quisimos quedarnos en el lugar del flagelo. ‘Ah, pero ¡no tienen agua!’ . ¿Y? ‘Ah, pero ¡no hay comida!’ . ¿Y? ‘Oh, pero ¡ustedes pueden morir ahí!’ . Sabemos que este lugar fue profundamente afectado, se convirtió en un abismo, pero estamos dentro de él y no vamos a irnos. Es una cuestión que incomoda, pero es necesario estar en esas condiciones para poder generar una respuesta en la conciencia. Conciencia del cuerpo, de la mente, conciencia de ser lo que se es y elegir ir más allá de la experiencia de sobrevivencia. (...) Hemos de tener el coraje de estar radicalmente vivos, y no estar regateando la sobrevivencia. Si continuamos comiéndonos el planeta, todos vamos a sobrevivir sólo un día más. Lo que nos queda es vivir las experiencias, tanto del desastre como del silencio. A veces hasta queremos vivir la experiencia del silencio, pero no la del desastre, porque es muy dolorosa. Nosotros, los krenak, decidimos que estamos dentro del desastre, nadie tiene que venir a sacarnos de aquí, vamos a atravesar el desierto, hay que atravesarlo. ¿O es que cada vez que ves un desierto sales corriendo? Cuando aparezca un desierto, atraviésalo.”

Nos toca atravesar el desierto con todo el coraje, la inteligencia, la compasión, la solidaridad y el buen humor de que seamos capaces.

Yayo Herrero

1.

El movimiento ecologista en España es diverso y tiene enfoques muy diferentes. Yo no he estudiado el movimiento en su conjunto por lo que voy a centrar la respuesta en el movimiento ecologista que conozco, del que formo parte y que se inscribe dentro de lo que llamamos ecologismo social. En el contexto del Estado español señalaría algunos de sus logros principales.

En primer lugar, es un movimiento que ha sabido autoconstruirse desde la articulación, diálogo y establecimiento de lazos intelectuales, activistas y afectivos. En unos decenios marcados por la incapacidad de muchos movimientos político-sociales para construir marcos de trabajo que les permitiesen sumar fuerzas, no me parece baladí. El ecologismo que yo conozco ha articulado a conservacionistas, el ecologismo político, anticapitalistas, movimientos urbanos y rurales, insulares y peninsulares... Y ha sabido establecer coordinaciones duraderas y respetuosas con otros ecologismos diversos.

En segundo lugar, ha sido un ecologismo que ha practicado una especie de pragmatismo utópico. A veces se dice que es un ecologismo de máximos e inflexible, pero la verdad es que, a la vez que intenta imaginar y proponer horizontes utópicos marcados por la contracción material de la economía, ha sido y es un ecologismo que disputa cada río, cada valle, cada artículo de una ley, cada disposición transitoria. Se ha sabido combinar la movilización con el uso de los instrumentos que proporciona el Derecho. Suelo decir que tenemos el mejor bufete de abogados y abogadas, y está formado por personas que trabajan sin esperar cobrar por su trabajo. Nos suelen decir en los tribunales que la calidad de las denuncias, de las litigaciones y los recursos es muy alta. Muchas veces en el terreno mediático se plantea una especie de falso dilema, o se está en lo práctico y en lo que se cree posible, o están en lo utópico y en los programas de máximos. Creo que el movimiento ecologista ha sabido estar en lo práctico y podemos decir que una buena parte de la legislación ambiental y sensibilización es fruto de su trabajo y a la vez, no se olvida de a dónde deberíamos llegar.

En tercer lugar, es un movimiento que ha sabido formar a su militancia. A mí me enorgullece el hecho de que cada vez que hay que buscar a una persona experta en energía, biodiversidad, agroecología, contaminación, educación, gestión de residuos, conservación de la naturaleza, energías renovables o consumo consciente, transgénicos, entre otras cosas, quienes aparecen son compañeros y compañeras del movimiento. Muchas llegaron jóvenes a la organización y ha sido en el propio movimiento en donde mayoritariamente se han formado y aprendido. Es verdad que solo con datos no se reorienta el deseo, pero sin conocimiento tampoco. Los deseos son también conglomerados de conocimientos y emociones.

En cuarto lugar, es un movimiento que está sabiendo recibir a otras generaciones, sin imponerles las mismas formas de organizarse, abriendo con flexibilidad espacio para que quienes llegan nuevas se organicen sin tutelas y como quieran.

Si miramos el balance desde lo alto, se suele decir que el movimiento ecologista ha fracasado, porque no ha logrado detener o revertir las proyecciones que lanzaba, por ejemplo, el informe Meadows en 1972, pero, la verdad es que yo no me voy a autoflagelar por ello. Nos tocará, en todo caso, la parte alícuota de esa derrota pero la compartimos con muchos otros movimientos sociales, organizaciones políticas y, en general, gente organizada que tampoco está sabiendo cómo atajar un lento declive que ya genera un enorme sufrimiento social. los lazos rotos con la Tierra y entre personas.

Si hacemos el balance desde la concreción de los territorios y los cuerpos, yo diría que el balance es más bien positivo. No son pocas las luchas ganadas, las urbanizaciones locas paralizadas, los valles o ríos indultados, las plataformas que hemos puesto en

marcha y en la que muchas personas se han politizado. Para las pocas personas que somos, el balance y la capacidad de influencia es enorme. Recuerdo a un político y activista social que en una ocasión dijo que éramos el clavito del abanico en cualquier conflicto social.

2.

El primero de ellos es, obviamente, una situación complicada y grave en los términos que señalan los diferentes estudios y proyecciones que proyecta la comunidad científica. Fractura metabólica, innovación incontrolable de la autoorganización de la trama de la vida y empobrecimiento y precarización acelerada de una parte importante de la sociedad.

El segundo es la falta de consciencia y el ruido enorme alrededor de la comprensión sobre lo que nos está pasando que le pone la alfombra roja a los populismos de ultraderecha. Vivimos como dice Latour bajo una racionalidad que choca frontalmente contra la posibilidad de que todas vivamos decentemente, sin consciencia de ser ecodependientes.

El tercero es que tenemos no pocos movimientos y partidos que niegan que las personas quieran o puedan comprender, que han interiorizado la imposibilidad de construir horizontes deseados de emancipación en contextos de inevitable contracción material y establecen sin intentar el debate y deliberación necesario, qué es o no posible en función de análisis, datos o supuestos que a mí se me escapan y desconozco. También hay planteamientos que reniegan y se desentienden de la esfera de la política institucional que me parecen desenfocados, incoherentes con los propios diagnósticos que hacen.

Por último, asistimos al nacimiento de muchos focos de articulación y consciencia, distribuidos en el territorio, que en contextos políticas públicas favorables- y también de shocks – pueden conseguir torcer el rumbo de las cosas. Yo le veo mucho sentido a trabajar ahí desde enfoques público comunitarios.

3.

En el plano ecológico, me remito a las proyecciones de diversos estudios que tienen que ver con la crisis ecosocial. Casi ninguna es buena. Lo que más me preocupa es que no se comprenda la naturaleza de la crisis, cuáles son sus causas, cuáles son las fracturas, porque entonces, las líneas que deben orientar los cambios hacia una transición ecológica justa no se entienden y no son deseables.

Me parece un problema esa enorme reducción de la política a la disputa mediática, que me parece importante, pero no condición suficiente. Sin organización por debajo, en contextos de ruido, confusión y fakes es difícil abrirse paso. Pero me parece fundamental que en las instituciones públicas estén personas que intenten realizar cambios.

Ojalá no, pero en el plano de la política institucional, tal y como están las cosas, temo que tengamos que pasar la travesía de tener gobiernos de ultraderecha y podamos ver un importante deterioro de los servicios públicos y los sistemas de protección social.

Si es así, tendremos que ver cómo articularnos desde esa situación. Los movimientos sociales no son fuertes, pero sin ellos, nunca se han dado transformaciones grandes.

4.

La experiencia de coordinar el grupo de trabajo de Transición Ecológica Justa de Sumar me ha resultado muy reveladora. Han intervenido casi doscientas personas y una parte mayoritaria de ellas no eran ecologistas o no estaban relacionadas con el conocimiento de la crisis ecosocial. Lo más relevante ha sido encontrar una definición de la Transición Ecológica Justa, que fue definida como “el proceso compartido, planificado y deseado de

reorganización de la vida en común, que tiene por finalidad la garantía de condiciones dignas de existencia para todas las personas y comunidades, con plena consciencia de que ese derecho ha de ser satisfecho en un planeta con límites ya superados, que compartimos con el resto del mundo vivo y que estamos obligados a conservar para las generaciones más jóvenes y las que aún no han nacido.” Me parece relevante porque une la agenda social con la ecológica y no separa la transición energética o ecológica de la justicia y la emancipación.

A partir de ahí se articularon los objetivos (1. Garantizar que todas las personas y comunidades puedan disfrutar de una vida segura y digna compatible con la restauración y preservación de sus entornos sociales, naturales y territoriales; 2 Reducir la huella ecológica del sistema económico para compatibilizar la cobertura de las necesidades sociales con las biocapacidades del país y globales, y el abordaje del cambio climático; 3 Adaptar el universo del trabajo y empleo a las circunstancias de la crisis ecosocial y al servicio de la Transición Ecológica Justa; 4 Desplegar procesos que acometan las situaciones de contingencia y urgencia derivadas de los efectos de la crisis ecológica y climática; 5 Detener los principales procesos de destrucción ecológica, restaurar y favorecer la resiliencia de los ecosistemas clave del país y proteger la vida animal; 6 Transitar hacia modelos territoriales justos y sostenibles que generen nuevas relaciones de cooperación entre los mundos urbanos, rurales y naturales; 7 Invertir en investigación y tecnociencia orientada a resolver los retos que plantea una Transición Ecológica Justa; y 8 Construir un soporte económico y financiero que haga viable la Transición Ecológica Justa).

En cuanto al cómo, nos atrevimos proponer un esbozo de gobernanza de la Transición Ecológica Justa (TEJ) para los próximos 10 años (1. Creación de una Agencia Especial para la Transición Ecológica Justa y de un Observatorio del Avance de la TEJ. (2024); 2. Realización de una gran campaña de información y sensibilización sobre la Transición Ecológica Justa (2024-2025) que conduzca a la firma de un Pacto Social para la TEJ que podría ser sometido a refrendo público (2026) y formulación de una Estrategia de Desarrollo de Competencias Ciudadanas para la TEJ (2025-2034); 3. Desarrollo una planificación política y económica que establezca límites globales en el techo ambiental, asegure condiciones de vida dignas e igualitarias y establezca compromisos con la protección de la biodiversidad y la restauración de los ecosistemas. (2024-2027); 4. Estudio y establecimiento de objetivos para la adaptación de los sectores económicos a la TEJ, establecimiento de instancias para la participación y cogestión en la evolución del modelo productivo; 5. Establecimiento de objetivos de TEJ concretos, medibles y evaluables para todos ámbitos de gobierno en las diferentes escalas del estado, acompañado de un plan de financiación y asignación de recursos que lo hagan viable; 6. Reformar con criterios ecológicos y sociales el Sistema de Contabilidad Nacional de modo que permita que los sistemas de medición adopción de un enfoque ecointegrador (2024-2027); y 7. Asignar recursos materiales, humanos y económicos al proceso de TEJ.

5.

Tengo cincuenta y siete años. Cuando llegué al ecologismo, yo era de las generaciones jóvenes y debatíamos con “nuestros mayores”. Muchos de ellos habían participado en la lucha antifranquista, habían estado en la cárcel, les habían torturado y algunos habían incluso perdido compañeros de militancia. Recuerdo algunos debates sobre el uso de la violencia o la confrontación...

Aprendimos mucho de ellos – la mayor parte eran hombres – y discutimos mucho con ellos. Nos abrimos paso con su ayuda y a veces confrontando.

Ahora llegan nuevas formas de entender el ecologismo y la organización. A mí me encanta que sea así. Yo estoy superorgullosa de ir detrás de las generaciones más jóvenes en una pancarta. Intento autovigilarme para apoyar y aprender de ellos y ellas – ahora sí que hay muchas mujeres. En mi experiencia, en lo que yo vivo, el encuentro ha sido respetuoso. La gente más joven tiene muchos motivos para estar muy enfadada con la gente adulta pero también saben que justamente nosotros y nosotras hemos sido quienes hemos invertido vida para que hubiésemos llegado aquí de otra forma. A las ecologistas más mayores nos toca no ir de listas, facilitar el paso y confiar y, también, en la medida que podamos proteger y cuidar. No parece que vengan tiempos fáciles para el activismo ecologista. Quizás el activismo de las personas más jóvenes vaya a ser más parecido a lo que vivieron las personas de las que nosotros aprendimos.

Joan Herrera

1.

Somos un país cuya expresiones ambientales y ecologistas han venido de la mano de la reflexión y la acción a partir de los movimientos concretos en la defensa del territorio. Los movimientos contra vertederos ilegales, contra la instalación y proliferación de centrales nucleares, o para evitar una urbanización depredadora en un paraje natural, han sido las expresiones de articulación del ecologismo social en la mayor parte de nuestro territorio. Así, el ecologismo social y su traducción en repercusión política se asocia al futuro de un territorio. El origen del ecologismo se vincula mas a movimientos conservacionista, si bien ya a finales de los 70 empezaron a emerger expresiones más ecopolítica. Hoy, la mayor parte del ecologismo social aglutina ambas visiones. Si viene la expresión ecologista se inició en la protección de determinados entornos, y se volcó en la lucha contra la proliferación de nucleares, es cierto que la implicación a favor de ciudades más habitables, con menos ruido y contaminación han formado parte de la maduración delo ecologismo. Aún nos quedan asignaturas pendientes, rara vez se ha traducido en una visión y en una misión en políticas públicas, no encarando de forma clara los necesarios cambios en la movilidad, siendo este una de las grandes asignaturas pendientes del país.

Es cierto que las grandes organizaciones han sido capaces, en función de su estrategia, y de la capacidad de incidencia en el gobierno de turno, de marcar algo las agendas de la política institucional. Según todos los estudios de opinión pública, la ciudadanía en España cuenta con una fuerte sensibilización ambiental, contando con un porcentaje relativamente pequeño de negacionistas climáticos. En la encuesta del CIS tras el verano tórrido vivido, la preocupación por el medio ambiente aparecía por primera vez como el quinto factor de preocupación entre los españoles y españolas. Pero también es cierto que la ecología y las políticas a ella asociada rara vez han sido el factor determinante en la opción de voto en cada una de las contiendas electorales.

Así, las victorias vienen de la mano de conquistas en el territorio. La última y más relevante, la ILP por la protección del mar menor en Murcia, dotando por primera vez de protección jurídica a un activo ambiental. Pero la lección ha sido no poder marcar una agenda ambiental propia, que influyese en la acción institucional y en el voto de forma más decisiva.

2.

Creo que el rasgo que define nuestra coyuntura es asunción de la realidad (el cambio climático ha llegado y nos va a afectar de pleno) y una actitud que se concentra en el

binomio de impotencia-inacción (ante la imposibilidad de evitarlo y menos aún de revertirlo). La asunción significa que es por todos asumido que el cambio climático va a tener un extraordinario impacto en la vida en general, y en la vida de cada uno en particular. Forma parte de la conversación ya no sólo de personas que se definen como ecologistas, sino de la conversación del bar o de la sobremesa con tus suegros. Pero a esa preocupación se le suma una impotencia que puede ir seguida de inacción. La dimensión global del reto, y el diagnóstico conforme no hay una agenda internacional comprometida para hacer frente se traduce en ese binomio de “impotencia-inacción”. Esa es una actitud que influye en lo que pensamos en la acción institucional (¿por qué mi país tiene que hacer esfuerzos si en la otra punta del planeta economías más potentes no van a hacer lo mismo?) y también en la conducta individual (¿Por qué comprometerme si mi vecino no lo hace?).

Hay un tercer componente, creo que más presente entre las generaciones más jóvenes, que es la ecoansiedad. Pero esa es una actitud generalizada exclusivamente entre los sectores más comprometidos que se combina con el intento de intentar vivir ignorando el problema.

La cuestión es que la asunción del problema, sumada a la impotencia, se puede consolidar en un marco de inacción.

Es sobre este escenario donde desde el ecologismo debemos pensar como actuar. A mi entender no se trata de profundizar tanto en el relato (fundamentado) en el que el colapso es posible. Si este es difícilmente evitable la respuesta colectiva va a acabar siendo “vivamos intensamente mientras podamos”. Es por tanto clave un relato acompañado de acción, que centre las ventajas del hacer, y ponga acento más en lo mejor que vamos a vivir (más tiempo, mejor salud, mejor medio) que en la necesidad de vivir con menos (siendo también cierto). Cierto es que la agenda del decrecimiento debe estar en lo que se debe hacer, pero es una cuestión de acentos. Si ponemos el acento principalmente en ello difícilmente ganaremos la batalla cultural.

3.

El principal reto a mi entender está en desarrollar una agenda de transformación ambiental potente y atractiva al margen de la agenda global en la lucha contra el cambio climático. Si traslado dicha reflexión no es porque crea que la agenda global no sea trascendente (es la más trascendente) sino porque es donde veo menos posibilidades de éxito.

Así, creo que en España y en el conjunto de la UE deberíamos ser capaces de desarrollar una agenda y propuesta de acción ambiental que haga del ecologismo un escenario de oportunidad.

Así, para traducir esto, deberíamos hacer una propuesta que conectase con batallas culturales como el vivir mejor y con más calma; con una mejor salud, así como con apuestas vinculadas a la economía doméstica y general, como la necesidad de una energía renovable pero también más barata.

Así, sobre el papel de la propuesta concreta el principal reto en España está en cuatro elementos que sitúo sin orden de prelación. El primero en la descarbonización de la movilidad, el segundo reto en la descarbonización de nuestro sector doméstico en sus consumos térmicos, el tercer reto en un desarrollo de las renovables que se pueda hacer de forma descentralizada y con pacto en el territorio y el cuarto con la protección de la biodiversidad y las otras vidas con las que compartimos nuestro territorio.

Pero estos retos, así, soltados uno a uno, significan un cambio de hábitos y de marcos culturales gigantescos. El primero de ellos, la descarbonización de la movilidad, necesita de un cambio en la cultura del coche, pasando de la concepción de la movilidad individual

y de propiedad, a la cultura del transporte colectivo, y cuando sea necesario un uso individual, vinculado a la cultura del servicio. Eso se traduce en una estrategia de país, una conversión de la industria del automóvil pensada en vender propiedades en una industria orientada a la provisión de vehículos eléctricos compartidos, y en una mejora del transporte público. Si pensamos en el transporte de mercancías, ello se traduce en un gran plan de acompañamiento al sector, para garantizar un futuro laboral en el transporte de mercancías por ferrocarril, y políticas activas para evitar el “cierre país” por parte del sector del transporte, uno de los sectores más vulnerables y con mayor capacidad de parar la agenda de transformación ambiental que necesitamos. Y por último ello se traduce en una batalla cultural de primer orden cuando pensamos en la vida en nuestras ciudades, en la necesidad en que el espacio público no esté ocupada por el vehículo privado.

El segundo reto, la descarbonización de los usos térmicos, necesita de una política “industrial” activa, que permita expulsar el gas y el gasoil a la hora de dar respuesta a nuestras necesidades térmicas. Ese es un cambio titánico, pero debería ser una “misión país” para conseguir en una década protagonizar un auténtico cambio en los consumos residenciales y en gran medida industriales. Dicha acción debería dar respuesta a las necesidades de calor, y a su vez preparándonos para las necesidades de frío en una estrategia de adaptación al cambio climático.

El tercer reto va asociado al desarrollo de las renovables y las necesidades de flexibilidad de nuestros consumos energéticos. En el desarrollo de renovables, debemos protagonizar un pacto con el territorio, construyendo un modelo que garantice las compensaciones hacia las personas que habitan en él. No podemos dejarlo a un modelo de “business as usual” sino que debemos construir un marco para la mediación y la compensación, para la generación de oportunidades. En lo que se refiere a la flexibilidad, debemos construir un marco retributivo y de señales de precios que permita la adaptación del consumo a los momentos de mayor generación de energía de origen renovable, más barata, pero también menos gestionable que el modelo fósil del que venimos. Este, que parece un elemento muy técnico es determinante. A estas alturas, más importante que la generación es la gestión de la demanda y la flexibilidad que permita desplazar consumos hacia los momentos de generación renovable no gestionable, y para ello es determinante la electrificación de la movilidad, pero especialmente, la electrificación de los consumos térmicos.

El último de los retos, y quizás el más importante, está en la necesidad de una apuesta decidida por la protección de la biodiversidad. Una biodiversidad asociada al vivir mejor, en armonía con las otras vidas con las que compartimos el territorio, no sólo con el paisaje, sino con la vida que habita este paisaje. Debemos desarrollar una agenda que garantice la vida en un territorio al que le va a afectar de forma drástica el cambio climático. Es necesaria una política de agua que garantice la vida. Es imprescindible la protección de los espacios de reserva de biodiversidad. Todo ello con propuestas bien concretas que identifiquen los espacios a preservar y proteger en cada uno de nuestros territorios. Hay que identificar aquellos espacios más alejados de las urbes, pero a su vez, hay que proteger los espacios ubicados en zonas urbanas que aportan biodiversidad, definiendo, asociado al vivir mejor, estrategias de biodiversidad urbana potentes y ambiciosas. Así, el concepto de “infraestructura verde”, asociado a espacios de biodiversidad y de soberanía alimentaria, debe formar parte de los bienes y espacios a proteger y a potenciar.

Por último, en la agenda a compartir debe haber una máxima: la negativa absoluta al crecimiento de infraestructuras grises que signifiquen un aumento de emisiones de GEI's. Deberíamos ser capaces de crear amplios consensos para que todas aquellas propuestas que reproducen modelos de incremento de emisiones fuesen rechazadas y no contempladas. Este parece un objetivo obvio, pero lo cierto es que lamentablemente en

parte de nuestro territorio esta agenda continua teniendo un poder extraordinario. El debate de los presupuestos en Catalunya ha girado en torno a la ampliación del aeropuerto, la ampliación del 4º Cinturón, una gran infraestructura viaria, y el Hard Rock, un gran Casino. Deberíamos ser capaces de crear el marco y la hegemonía cultural para que propuestas de este calibre no fuesen ni planteables en un escenario de emergencia climática.

4.

Cuando hablamos de cómo lo hacemos está seguramente uno de los elementos clave. Hasta hace un par de décadas la agenda ambiental o verde era de unos pocos. Ahora son muchos los actores que se reclaman a favor de la transición ecológica y energética. En este contexto lo primero que tenemos que hacer es reivindicar nuestra agenda y nuestra propuesta. Hace años que lo decíamos, y aunque muchos hayan llegado tarde, aquello que proponen en algunos casos se parece mucho a lo que reivindicábamos. En dichas posiciones hay sin lugar a dudas un análisis certero de lo que está pasando, buenas intenciones, aunque también hay algo de “green washing”. A su vez, los colores del verde son variados y distintos. Verdes intensos y transformadores, verdes edulcorados, e incluso intensidades de verde “dólar” que intentan reproducir los esquemas de ganancias que antes se producían con un modelo capitalista, extractivista y energívoro. Pero ante este panorama la pregunta es qué hacer con los nuevos compañeros de viaje. Mi opinión es que debemos tender la mano. Debemos crear marcos lo más transversales posibles que nos ayuden a cambiar la agenda. Una propuesta de pacificación del tránsito, establecer mecanismos de peaje en el acceso a las ciudades, cambiar la cultura de la propiedad en el vehículo de combustión, difícilmente la podremos hacer solos. Necesitamos de mayorías más transversales para ganar la batalla cultural.

Esta ampliación de mayorías se debe traducir en propuesta y agenda compartida con otros actores, que ayuden a marcar la agenda de instituciones y empresas.

El segundo ingrediente del cómo es a mi entender una propuesta meditada, pensada y propositiva de transición justa. No podremos hacer todo lo pendiente si aquellos sectores sociales que pueden verse damnificados o se pueden sentir perjudicados por el escenario de transición no se sienten acompañados. Lo intentaré ilustrar con un ejemplo. Hoy, el 20% de la contaminación en nuestras ciudades viene del reparto de mercancías de última milla, porcentaje que se está incrementando con el e-commerce. Las furgonetas de reparto dependen normalmente de colectivos altamente vulnerables, en muchos casos autónomos dependientes, que apenas llegan a final de mes y sin capacidad de adquirir una furgoneta eléctrica. El sector es fácilmente electrificable en lo tecnológico. Pero no tiene sentido que continuemos dando ayudas a todo aquel que se quiere comprar un vehículo eléctrico (independientemente de la renta que tenga o el uso que haga del vehículo) y que no intensifiquemos las ayudas para aquellos que tienen menos recursos y hacen un uso más intensivo del vehículo. Este ejemplo es bastante ilustrativo, pero debería escalarse y tener una traducción para todos aquellos sectores que se deben transformar en un futuro no muy lejano si queremos protagonizar esa transición ambiental y energética decidida, donde podríamos enumerar el sector del transporte en general, el sector de la construcción (basculando de la construcción a la rehabilitación); el sector del automóvil (de la construcción del vehículo y la venta del producto, a la construcción del vehículo al suministro del vehículo compartido); etc...

5.

Digamos que en la lucha ecologista nos hemos ido pasando relevos. Yo creo que gran parte de mi conocimiento en lo energético viene de lo que aprendí de Ladislao Martínez. Y de espacios compartidos con generaciones anteriores. En mi caso con un grupo informal que organizaba Domingo Jiménez Beltrán. De las largas conversaciones con Joaquín Nieto. Seguramente hoy nos falten más espacios de encuentro.

El ecologismo en España viene de lejos. Pero sin lugar a dudas, el tema es como conseguimos que nuestros anhelos y sueños, y sobre todo nuestro diagnóstico se convierta en hegemonía para que no sea discutible.

Es cierto que nuestro discurso está algo mejor. No formamos parte del rincón sino de la centralidad. Pero nuestra agenda no es tan obvia ni evidente. Fenómenos políticos como el de Trump o Bolsonaro son expresiones que la negación de la realidad puede llevar a políticas involucionistas.

Creo que podemos aprender mucho las unas de los otros. Llevamos mucho tiempo proponiendo, diagnosticando, reivindicando. Quizás necesitemos de un espacio de encuentro, de un decálogo de transformación de acción, y de un reconocimiento de los diferentes actores que hemos trabajado desde el ecologismo social y político, para volvernos a encontrar y definir propuesta.

Hoy, las ideas y propuestas por las que hemos luchado son más fuertes. Pero quizás necesitamos más que nunca de unos “Estados generales del ecologismo”

Gemma Barricarte

1.

Esta pregunta es bonita porque permite pensar el ecologismo como un laboratorio social de experiencias que nos ayuden a evaluar, reajustar, reconfigurar hipótesis estratégicas. En mi experiencia, concretamente con la referencia del anarquismo y la confederación constituida por Ecologistas en Acción, una de las victorias que ha tenido es la de producir un corpus de conocimiento lo suficientemente accesible como para poder trasladar aprendizajes sobre la crisis ecosocial. No sólo eso, sino que también ha construido sus propias referencias y su propia historia intelectual a través de figuras como las de Ramón Fernández Durán. Ha escrito su historia, o parte de ella, y eso ha permitido que personas como yo hayamos querido en algún momento formar parte de ella. Acceder y conectar con ese afecto individual a través de una organización no es tan fácil. Muchas personas jóvenes se han incorporado a este mundo gracias a esos conocimientos abiertos, sus informes, sus publicaciones y la construcción de esa constelación casi familiar. Ha tenido una labor pedagógica fundamental. Por otro lado, no tengo un conocimiento preciso y detallado sobre la historia del movimiento ecologista español, pero ha sido sin duda una referencia para los nuevos movimientos surgidos en el último lustro. Puede que otra de sus victorias haya tenido origen en la lucha antinuclear consiguiendo un sentido común antinuclear bastante extendido.

Por otro lado, ante la evidente brecha y falta de relevo generacional que atravesaba al ecologismo, la renovación de organizaciones ecologistas politizadas y movimientos jóvenes ha sido inaudito. Sin embargo, como resultado histórico parece que seguimos viviendo una derrota porque las consecuencias ecológicas del capitalismo siguen dándose cada vez de forma más intensificada y no ha habido una reducción de emisiones inminente o una reconversión industrial o energética notable. Quizás, históricamente le ha faltado reflexionar sobre los medios de comunicación de masas—en tanto que necesitaba construir un sentido común—o le ha faltado el Estado—en tanto que necesitaba una

intervención donde sólo un Estado puede intervenir. En el marco de los movimientos sociales, quizás también un diálogo estratégico con el movimiento feminista, animalista y sindicalista. Sobre todo, creo que le ha faltado entender su lucha mucho más como una lucha política—es decir, con miradas estratégicas mucho más amplias y transversalizadas—y menos como una lucha medioambiental–sectorial.

En los tiempos recientes creo que abrir la veda de la desobediencia civil es muy importante porque permite impugnar una normalidad socialmente, desnaturalizarla, y ante una situación donde ya hay asentada una percepción de que la crisis ecosocial ya empieza a rozarnos la piel (calor, incendios, sequías extremas, pandemias, ...) es favorable plantear esta fórmula política de manera paralela a otras. Juntas y desde diversos frentes ayudan a retroalimentarse y construir narrativas compartidas de la realidad.

No me gustaría, sin embargo, que el modo dialéctico se asentase únicamente en la fórmula de la denuncia: esto debería derivar necesariamente en cambios palpables que ayuden a sanar y curar el clima de desconfianza política instaurado, por un lado, y que ayuden a mejorar la situación de precariedad social por el otro. Necesitamos más modos afirmativos (constructivos, propositivos, concretables, realistas, aterrizables) de hacer política. Desnaturalizar la normalidad y mostrar que sí hay alternativas de una vida mejor aún en el Antropoceno.

2.

Siendo telegráfica, creo que los principales rasgos son:

- *La complejidad del problema*: donde hay una interrelación de diversas crisis que retroalimentan otras y donde no hay una causalidad lineal. Esto tiene implicaciones en cuanto que los frentes de incidencia política se complejizan, pero es positivo en el sentido de que permite ampliar muchos frentes y ampliar la resiliencia de la lucha política en la multiplicidad de batallas abiertas. Por otro lado, será inevitable la colaboración técnica de los espacios especializados. Se necesitan técnicos y técnicas en diversos frentes que puedan afrontar el cómo en la burocracia y economía política vigente.

- *La debilidad política y la escala global*: dos problemas que dificultan la incidencia emancipadora. A más debilidad menos capacidad de incidencia, y a mayor escala más difícil es organizar movimientos articulados.

- *La velocidad* de los cambios que requerimos en un momento donde la política de masas ya no funciona: tensa las cuerdas hasta extremos en un sistema con una inercia histórica enorme. Las aceleraciones políticas son necesarias pero el marco de la hipótesis revolucionaria se ve cada vez más improbable. ¿Cómo acelerar procesos hoy?

3.

Pienso que la realidad seguirá siendo una amalgama híbrida y compleja de diferentes paradigmas (neoliberal, keynesiano, fascista, libertario, emancipador...), pero, a medio plazo, el paradigma global hegemónico será el neoliberal con algunas políticas socialdemócratas en un sentido paliativo (el leviatán climático). ¿Es posible impugnar el capitalismo a corto plazo? ¿Bajo qué alternativa? Me imagino algo lento, con ciertos puntos de aceleración y posibles estallidos sociales no necesariamente revolucionarios (conforme las presiones sociales y económicas aumenten) que el capitalismo tratará de gestionar mientras se estrechan los nichos ecológicos y se da un decrecimiento energético y material inevitable. ¿Cómo se resolverán las incoherencias entre un Green New Deal global (que según cómo se plantee a nivel material tendrá un evidente desajuste con la realidad material) y la realidad material en ciernes? ¿Un nuevo ciclo capitalista será capaz

de prolongarlo? ¿Qué pasará cuando crucemos el umbral climático del Acuerdo de París (siendo probable que así sea)? Y si lo cruzamos: ¿qué confianza quedará en las instituciones políticas partiendo de este clima de desconfianza? ¿Creemos en el desacoplamiento de las emisiones a nivel global sin un decrecimiento considerable? ¿A quién pertenece la atmósfera y el clima? ¿Quién será el soberano planetario que tenga la capacidad de imponer un estado de excepción? ¿Dónde está el límite de emisiones a partir del cual los conflictos internacionales hagan que esta problemática sea tal? El papel de los Estados, las organizaciones internacionales (contando con las instituciones capitalistas) y las organizaciones interestatales con capacidad militar será crucial porque ante todo hay un problema global cuando hablamos de crisis ecológica. En general, los acuerdos globales y el cumplimiento o no de los compromisos de emisiones en algún momento creo que desatarán conflictos internacionales conforme el cambio climático avance y cause más estragos. El papel de los principales Estados emisores como China, EEUU y la UE (sin ser un Estado, pero funcionando bajo directivas comunes) es crucial. Hay quienes sostienen que, ante esto, se producirá una adaptación de la política en la deriva de gestionar unos escenarios cada vez más difíciles. Quizás aquí también aparece el debate de la geoingeniería y aparecerá con más intensidad. Y si habrá algún país o alguna entidad dispuesta a realizar algo de tan alto calado no sé si se terminará materializando despertando alguna suerte de fuerte pelea internacional: ¿se atreverá un país como, por ejemplo, EEUU o China a implantar soluciones de geoingeniería duras? ¿Cómo han de afrontarlo los espacios políticos y organizados?

En cuanto a la dimensión local, lo que ocurra depende del trabajo que desde los espacios emancipadores (institucionales o no) sean capaces de hacer y de la seguridad económica y social los Estados de bienestar sean capaces de garantizar. Los riesgos de no afrontar los problemas de desigualdad y de construir un sentido común transversal y amplio de miras (y fuera de identidades improductivas) en torno a un cambio de formas de vida pueden derivar en una extrema derecha recogiendo rédito del descontento.

4.

La mitigación ha de ser global mientras nos adaptamos localmente. Creo que es importante que sea abordado desde una transversalidad que la complejidad requiere, y la justicia climática ha de ser central. Pero sin embargo no debemos dejar de incidir especialmente en cuestiones estratégicas, porque el cambio climático no es un problema únicamente ético. En los Estados capitalistas la ética no forma parte de las principales decisiones estratégicas. Una mitigación drástica me parece absolutamente prioritaria, a riesgo de que sea polémico. Evitar una situación peor a nivel climático creo que es muy importante para no hacer más difícil el resto. Aunque hay espacios de la adaptación que pueden influir en la mitigación no tendríamos que perder ese foco. Por otro lado, como doble incidencia en la adaptación y la mitigación, el sector energético y agroindustrial es fundamental. Quizás más el energético por el despliegue actual y la oportunidad que supone. Lo laboral/sindical también me parece un espacio de incidencia fundamental por lo mismo: aborda varios focos.

Por otro lado, la alianza me parece que es el principal concepto desde el cual operar políticamente. Sería interesante alguna forma de internacional climática con objetivos simples, claros y que adelante estos debates y construya músculo político, con toda la humildad con la que se pueda plantear dada la poca fuerza organizativa que existe en los espacios emancipadores. Identificar espacios que ya existen que son estratégicos y ponerlos en diálogo y establecer objetivos mínimos comunes es una forma de hacerlo. Articular espacios emancipadores de forma transversal (espacios de corte más

socialdemócrata, espacios sindicales, izquierdas diversas y espacios no necesariamente dedicados a la organización política, etc) es fundamental. Sobre todo, asentar una mirada política sobre la crisis ecológica, y política no quiere decir necesariamente una comunicación política de un perfil muy politizado, entiendo la política en un sentido amplio. En cierto sentido ya se ha comenzado a hacer en España, pero hay que encontrar el momento de trascender la lógica de “el menos malo” y adelantar posiciones. Cómo asegurar límites de emisiones claros y vinculantes me parece un reto difícil, pero si se consiguiera manteniendo niveles de bienestar, permitiría asentar una lógica diferente. Susan Buck-Morss decía que la existencia del socialismo permitía desnaturalizar el estado de las cosas y el mismo capitalismo: creo que esa sensación desnaturalizadora aparecerá y funcionará como revulsivo si se consigue paliar la desigualdad al mismo tiempo que se reducen las emisiones. Es cuestión de hacer la esperanza posible.

Por otro lado, construir fuerza organizativa no puede significar no anticipar debates y prepararse. Practicar políticas desde la afirmación creo que es un camino que no se debe abandonar porque permite expandir y transversalizar la política a otros ámbitos desde la práctica del construir, proponer y formular (más allá de las ecoaldeas y el municipalismo libertario). El trabajo de los movimientos climáticos y sociales consistirá en la organización de la acción política y la resistencia por un lado y en construir una pléthora de sujetos climáticos por el otro (no creo en la existencia de un solo sujeto político).

En resumen, creo que hay dos frentes principales: en la mitigación global habrá de haber una pelea política a mayor escala muy bien organizada y que tenga claros sus frentes estratégicos (corporaciones fósiles, Estados, organizaciones internacionales... ¿?), serán rompehielos ideológicos y tratarán de cuestionar la normalidad mientras llevan a cabo la desobediencia (ya llevamos un tiempo viéndolo). En el ámbito de la adaptación (donde las ciudades son un importante ámbito de incidencia) los retos son los de construir comunidad, conservar los tesoros socioecológicos que tenemos, mejorar la habitabilidad y reducir la desigualdad. Los riesgos que esto entraña creo que son principalmente los de una deriva hobbesiana, fascista y negacionista. Por eso me parece fundamental romper con una identidad y repliegue reactivo desde los espacios políticos de izquierda: hay que aceptar la diversidad identitaria e ideológica de forma amplia, de otra manera no habrá alianza política amplia y compleja posible.

5.

En la primera pregunta ya he respondido una parte de esta, pero en cierto modo me siento heredera de su tradición. A ecologistas en acción le debo mi politización y el profundo amor, felicidad y fascinación que me sigue provocando a día de hoy esta casa loca y fascinante que cohabitamos que es la Tierra. Mi politización la ha producido la fascinación, y no perderla me parece crucial porque es lo que en buena medida nos da aliento.

Por otro lado, creo que debería haber un replanteamiento más serio de las formas de hacer política en el seno interno del debate ecologista: es un ámbito absolutamente copado por hombres blancos de mediana edad con una forma de practicar la política muy determinada y un privilegio que no les permite ver otras realidades. Dudo que entiendan los problemas de salud mental mayoritarios en nuestro país, dudo que entiendan los modos de subjetividad y politización joven, dudo que entiendan muchas cosas ni que les dejen espacio, ni que les interese. La forma de ocupar el espacio político dice mucho de quién lo hace. Eso merece una seria reflexión: qué implica, en qué deriva y qué implicaciones estratégicas y propiamente políticas tiene. Esto no debería ir en detrimento de lo que es estratégico, pero merece una pensada.

Martín Lallana**1.**

Esta es una pregunta que siempre me cuesta bastante abordar. Si expresas un balance negativo puede dar la impresión de estar menospreciando los enormes esfuerzos de cientos de personas, que han de ser reconocidas y tienen unas trayectorias militantes más que admirables. Sin embargo, resulta también complicado realizar un balance positivo en términos generales. Encontrar vigencia y actualidad a las conferencias de Manuel Sacristán a finales de los años 70 e inicios de los 80 no es algo positivo. Leer libros como *“Hacia la reconversión ecológica del transporte en España”*, de Antonio Estevan y Alfonso Sanz en 1996 y encontrar valiosísimas propuestas que hoy en día siguen bastante lejos del rumbo por el que avanza la movilidad, no es algo positivo. No es positivo porque todo aquello ya era urgente en ese momento, y que se mantenga la vigencia nos obliga a ser prudentes a la hora de realizar balances. Eso, sin embargo, no debe impedirnos reconocer la importancia de las genealogías, y valorar como se merece la riquísima herencia que nos precede.

De hecho, creo que nos hace falta un ejercicio importante de memoria en este ámbito. Hace poco me sorprendí a mí mismo descubriendo la historia de la lucha contra varios proyectos de centrales nucleares en el valle del Ebro, ¡con reuniones multitudinarias en mi pueblo! No tenía ni idea de aquello. Al igual que no tenía ni idea de los conflictos socioambientales en los que se involucraron diversas asociaciones vecinales de Zaragoza a finales del franquismo e inicios de la transición. Unos conflictos en los que se enlazaban aspectos de contaminación e impactos sobre la salud de la industria con aspectos de libertades civiles, generando un polo de radicalización en el que se involucraron diferentes organizaciones políticas. El adanismo, creernos que estamos inventado la rueda, es un muy mal compañero de viaje para cualquier movimiento. Y en este caso creo que debemos ser mucho más conscientes de lo que nos precede.

En todos esos conflictos se dieron victorias, sin lugar a dudas. Por ejemplo, la oposición a las centrales nucleares en el Ebro fue una de las consignas recogidas durante el impulso del soberanismo aragonés de la transición. Que yo no me haya criado a cuarenta kilómetros de una gran central nuclear es una victoria que debo reconocer. Al igual que las múltiples victorias que han preservado espacios naturales, limitado los impactos nocivos de la contaminación o puesto freno a la especulación en diversos ámbitos. Pero, al igual que ocurre en otras esferas, una gran victoria no se logra a partir de una suma de pequeñas victorias, lamentablemente. Desde la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 se han producido la mitad de las emisiones de CO₂ que nos conducen endemoniadamente hacia el caos climático. Debemos mirar al pasado sin fustigarnos, pero sin autocomplacencia.

Esto en ningún caso quiere decir que una falta de victoria, en el sentido fuerte de la palabra, por parte del movimiento ecologista en España sea responsabilidad de las personas que se han dejado la piel a lo largo de las últimas décadas. Esto sería terriblemente injusto. Debemos ser muy conscientes de cuál es el suelo que les ha tocado pisar a quienes nos preceden. Oscar Carpintero suele mencionar la denominación de la economía española como el "dragón europeo" en la segunda mitad del siglo XX. Un dragón europeo sobre los flujos de energía, los flujos de materiales y la huella ecológica. A esto se le une un clima de época en el que se produce un cierre sobre los grandes proyectos de sociedad alternativa, donde se va instaurando lo que ahora llamamos realismo capitalista. Cuando hablas con las personas que tuvieron una militancia política

activa en los años 90 suelen referirse a ese periodo como una travesía por el desierto. Y más allá de algunas pequeñas flores, es terriblemente complicado lograr que en el desierto florezca una transformación radical de la sociedad. A mi me resulta especialmente útil la lectura de algunas novelas de Chirbes para captar la textura de un clima de época marcado por las vacas gordas, la especulación y el urbanismo.

En este sentido, el ecologismo creo que ha logrado funcionar bien como muro de contención, como resistencia ante diferentes expresiones de la barbarie. Y esto ha cristalizado en un repertorio de herramientas que resultan bastante útiles en ese ámbito, pero quizás no tanto en otros. Utilizar las normativas de la Unión Europea para denunciar en los juzgados las malas prácticas de la agroindustria en un territorio puede ser una barricada necesaria a defender, pero más vale que lleguen los refuerzos desde otro sitio, porque de lo contrario esa posición está condenada a caer. Es aquí donde creo que todavía queda bastante camino por recorrer, en la capacidad de plantear seriamente grandes proyectos transformadores alternativos, que apunten hacia un horizonte de sociedad radicalmente diferente. Cerrar los pozos ilegales de Doñana es importante, pero más vale que nos estrujemos la cabeza para dar los pasos que nos conduzcan hacia una reforma agraria agroecológica a gran escala, que cuestione la propiedad agraria, desplace la centralidad del cultivo de cereal para la ganadería, recupere las leguminosas, reduzca la dependencia hacia el regadío, los combustibles fósiles y los fertilizantes químicos, y adapte el conjunto del territorio hacia el estrés hídrico y elevadas temperaturas que vamos a tener que afrontar en las próximas décadas. No tiene porque haber una ruptura entre lo primero y lo segundo, pero es obvio que necesitamos un repertorio de herramientas más amplio para lograrlo.

Esta necesidad, además, se refuerza en el momento en el que el terreno sobre el que pisamos es mucho más confuso y pantanoso, marcado por el capitalismo verde. Un momento en el que el presidente del fondo de inversión que domina las grandes empresas petroleras expresa su compromiso ambiental y frente al cambio climático. En un momento así, no basta con enunciar el problema y apuntar hacia las soluciones. En un momento así creo que el movimiento ecologista debe armarse con la mejor herencia teórica y práctica de la transformación política radical.

2.

Creo firmemente que debemos comprender la crisis ecológica como una expresión de la crisis del modelo de acumulación capitalista. No se trata de un fenómeno que simplemente se suma a otros procesos violentos de este sistema. Las causas no se encuentran en una serie de malas decisiones tomadas por unos malos gobernantes, unos empresarios avariciosos y unos consumidores irresponsables. Los retos globales a los que nos enfrentamos son demasiado grandes, demasiado peligrosos y demasiado urgentes como para aproximarnos a ellos con una endeble y ridícula crítica moral. La caída en la tasa de beneficio en los años 70 exige la ampliación de la explotación del trabajo humano y el expolio de la naturaleza que en última instancia conduce hacia la implantación del neoliberalismo y la globalización, lo cual explica que en los últimos 30 años se hayan producido la mitad de las emisiones de gases de efecto invernadero de la modernidad. No es un despiste, y no podía evitarse sin desafiar al capital.

Como decimos, no hay una cosa llamada crisis ecológica que se suma a otra cosa llamada desigualdad social, a otra llamada explotación laboral y a otra llamada opresión de género. La combinación única de todas ellas es la forma en la que aparece la actual crisis del capitalismo global ante nosotras. Esto debe ser comprendido como el resultado del proceso histórico que nos ha conducido hasta este punto, no como una realidad que

viene dada de forma estática. Han existido previamente situaciones puntuales y localizadas de ruptura de los ciclos de regeneración natural bajo otras formas de organización social. A lo que nos enfrentamos actualmente, sin embargo, es al resultado específico de los procesos guiados durante los últimos dos siglos por la acumulación de capital, como la revolución industrial hacia fuentes energéticas fósiles, el imperialismo o la globalización. Su expresión y su superación, por tanto, será inseparable de los mismos.

A partir de esta base, creo que los otros dos elementos que deben acompañar la caracterización de la situación: una evidente situación de extralimitación ecológica, y una enorme desigualdad, tanto sobre el uso de recursos naturales como sobre las consecuencias de la crisis ecológica. Sin embargo, esto, que es lo más visible rascando un mínimo, no debe confundir el sentido de la causalidad.

Sobre la primera cuestión, a mí me resulta especialmente útil la conceptualización que realiza Joaquim Sempere al hablar de una triple fractura metabólica: (1) el paso de una matriz energética renovables a una fósil, (2) la ruptura del ciclo biológico de producción alimentaria por la introducción masiva de fertilizantes químicos, y (3) el expolio mineral del subsuelo con el riesgo asociado de un agotamiento de los recursos. Es esta triple fractura la que provoca una irreconciliable continuidad del actual modo de producción basado en la reproducción ampliada del capital con respecto a los límites ecológicos del planeta. Al mismo tiempo, analizarlo así ayuda a establecer unos objetivos específicos para cualquier proyecto transformador que persiga reintegrar la actividad económica de la sociedad en los ciclos de regeneración de los ecosistemas que sostienen la vida.

Sobre la segunda cuestión, resulta bastante evidente que esa triple fractura metabólica no se ha producido y profundizado en todas las partes del mundo por igual. Y es justamente en aquellos países del Norte global, del centro del sistema-mundo, donde se hace un uso de recursos naturales considerablemente superior al resto. Por ejemplo, en el caso del consumo de energía asociada al transporte por carretera: 50% de la población mundial con menos ingresos consume el 10%, mientras que el 10% con más ingresos consume el 45%. Y ese mismo embudo lo vemos repetido una y otra vez en casi cualquier parámetro que se encuentra detrás de la situación de extralimitación ecológica. Me parecen bastante útiles algunos conceptos que introduce Jason Hickel, como el de “colonización atmosférica”, o el de la atmósfera como un bien común, para referirse a la responsabilidad desigual sobre las emisiones de carbono que nos conducen hacia el caos climático. Esta enorme desigualdad debe ser el punto de partida sobre cualquier acción que busque remediar y revertir la situación. Sin redistribución no habrá transición posible. Pero, como decía: no debemos olvidar el sentido de la causalidad. Al igual que las recesiones económicas recurrentes bajo el capitalismo no son producto de la baja demanda, bajos salarios y elevada desigualdad, la crisis ecológica tampoco tiene su causa sobre dicha desigualdad.

3.

Hacer proyecciones siempre implica un enorme grado de incertidumbre. En este contexto, más todavía. Y por eso debemos tener cierta cautela y humildad a la hora de hacerlo. Si hubiera un elemento común en todas las proyecciones sobre el futuro que vayamos a hacer yo creo que ese sería el de la inestabilidad y la turbulencia. Tenemos pocas certezas sobre el futuro, pero podemos afirmar con cierto grado de seguridad que no nos adentramos en unas décadas de calma chicha. Eso por sí mismo, obviamente, no determina nada, pero creo que sí que condiciona el tablero sobre el que nos movemos. Esta inestabilidad y turbulencia nos zarandea desde el ámbito ecológico, con cada vez más frecuencia e

intensidad de fenómenos climáticos extremos, con un agotamiento progresivo de determinados recursos naturales y con una acelerada pérdida de biodiversidad. Pero también nos zarandea desde un capitalismo global que no consigue arrancar, con unas tasas de beneficio estancadas, con el capital huyendo a la seguridad del rentismo que encuentra en las finanzas y con una deuda económica situada en unos niveles históricos.

Así que nos movemos entre la urgencia, la gravedad de la situación y la turbulencia. En este sentido debemos ser conscientes de que gran parte de la crisis ecológica se muestra ante nuestros ojos a través de una expresión no-ambiental. Por tanto, las posibilidades de politización, radicalización y avances en la capacidad de llevar a cabo grandes transformaciones se darán también a través dichas expresiones no-ambientales. Aquí hablamos de fenómenos como la inflación, como el cierre de algunos sectores industriales o como la inaccesibilidad a la vivienda por la entrada de fondos de inversión especulativos en el mercado del alquiler. Un aumento de la virulencia de la crisis ecológica seguramente venga asociado a un aumento de la virulencia sobre sus expresiones no-ambientales, que obviamente tienen un impacto fuertemente desigual sobre el conjunto de la población.

Todo esto conduce a plantear que no hay ninguna senda de transición ecológica que vaya a discurrir sin sobresaltos, por un camino recto, llano y sin baches. Por un lado, las soluciones verdes que plantea el capital buscan reflotar la inversión productiva, reduciendo el riesgo de las inversiones mediante una creciente participación estatal. Esto encontrará unos límites evidentes que, si bien puede dar resultados temporal y territorialmente acotados, en ningún caso resuelve las causas de la crisis ecológica a la que nos enfrentamos ni la situación de extralimitación subyacente. Por otro lado, aquellos proyectos políticos que orienten la actuación de las instituciones en un sentido diferente, marcadamente redistributivo, de justicia social y ecológico, es muy probable que encuentren serios problemas para llevar a cabo el programa de reformas planteado. En aquellos momentos de bonanza económica, el margen existente para un amplio programa de reformas sociales puede llegar a ser amplio, dentro de la estrecha jaula de la gestión del Estado capitalista. Sin embargo, no nos adentramos en unas décadas de bonanza, como hemos señalado. Eso implica que hablar de redistribución en términos reales probablemente deba ir de la mano de hablar de mayor o menor grado de ruptura.

Es en esa tercera apuesta política, de un ecosocialismo que asuma la necesidad de ruptura, donde yo me encuentro más representado. Esto no debe ser entendido como un rechazo frontal y absoluto a cualquier tipo de relación con la institución. Más bien se refiere a la insuficiencia de basar el conjunto de la apuesta política en ese único ámbito. En el presente inmediato estamos viendo cómo estar en el gobierno no te permite garantizar el derecho a una vivienda digna, entre otras muchas cosas ¿pensamos que nos va a permitir llevar a cabo todas las profundas transformaciones estructurales que son necesarias para remediar la crisis ecológica? Creo que resulta ingenuo hacerlo. Y justamente porque debemos tomarnos muy en serio la urgencia y gravedad de la crisis ecológica, debemos poner nuestros esfuerzos para adentrarnos en estas décadas turbulentas en una mejor posición social, política y organizativa. Fundamentalmente, fortaleciendo los espacios de auto-organización de la clase trabajadora, con independencia respecto al Estado. Por el camino, desde luego, debemos ser conscientes de la situación de derrota y debilidad histórica de la que partimos. Existe, por tanto, el riesgo de fracasar y no ser capaces de intervenir con la fuerza necesaria en los momentos adecuados, sin duda. Pero no hay un punto final en el que se constate que todo lo malo que podía ocurrir ocurrió, no hay un “fin de la historia” por la crisis ecológica. En ese sentido, el fortalecimiento de la clase trabajadora puede darse en un escenario

acumulativo, con saltos y giros bruscos, asegurando que los esfuerzos nunca van a ser en vano.

4.

Creo resulta honesto hablar de mejoras inmediatas en la vida de las clases populares al mismo tiempo que asumimos la gravedad de la situación y los límites biofísicos del planeta. El margen es enorme. No le encuentro utilidad política a plantear los retos del presente como un giro ético, moral y psicosocial a partir del cual aceptemos y abracemos un empobrecimiento colectivo. Reducir el uso de recursos naturales es urgente, más todavía en un país del Norte global como es el estado español. Y ese giro ético, moral y psicosocial deberá realizarse. Pero aquí de nuevo es importantísimo tener claro cuál es el sentido de la causalidad. ¿Va a producirse una transición ecológica justa como consecuencia de una toma masiva de conciencia? Seguramente no. ¿Es necesaria esa toma de conciencia para llevar a cabo las enormes transformaciones de una forma justa y democrática? Sin duda. ¿Cómo se acompañan ambos procesos? Ahí creo que la respuesta pasa por las luchas específicas por mejoras inmediatas en la vida de las clases populares. Es en los procesos de lucha colectiva, donde se involucran amplias capas de población que actualmente no están movilizadas, donde pueden ocurrir saltos de escala en el factor subjetivo de la revolución.

El margen en este sentido es enorme porque la desafección hacia lo que este sistema nos ofrece es cada vez mayor. Se ha hablado mucho de la ruptura del pacto social y el pacto generacional, que ya nadie nos ofrece un futuro de mejoras continuas, que vamos a vivir peor que nuestros padres. “¡Virgencita, virgencita que me quede como estoy!” podría ser perfectamente el leitmotiv de nuestra época. Bajo esta atmósfera anímica, presentar como victorias históricas algunas reformas que únicamente son parches, o salir a la esfera pública proclamando que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades y debemos empobrecernos quizás no vayan a conducirnos a ningún buen puerto. ¿Es eso lo mejor que podemos ofrecer? Yo creo sinceramente que no, que tenemos margen de mucho más. Debemos trabajar sobre esa desafección y ese estado de ánimo general para ofrecer una alternativa que supere esa atmósfera, no que la refuerce.

En un caso concreto: debemos partir de una realidad marcada por unos “trabajos de mierda” para construir discursos de transformación política en el que logramos unos trabajos cargados de sentido y utilidad social hacia nuestro entorno. En términos generales, creo que hay tres elementos clave que deben articular esta proyección de futuros deseables, con mejoras inmediatas: (1) Formas colectivas de satisfacer las necesidades, (2) redistribución y valorización de los cuidados de la vida, y (3) liberación de tiempo libre para tener vidas más vivibles. En el primero de ellos, hablamos por ejemplo de transformaciones radicales en el campo de la movilidad. Que nuestra participación en la sociedad no dependa de poseer un coche privado. Con todas las ampliaciones y mejoras de infraestructuras que sean necesarias para ello. Esto supone una mejora inmediata sobre la vida diaria. En el segundo de ellos, hablamos por ejemplo de ofrecer un futuro en el que puedas apuntarte a un programa de cuidado forestal y trabajar durante varios meses al año en las tareas de prevención de incendios. O en uno de los múltiples empleos en residencias públicas de mayores, comedores comunitarios, o centros de compostaje que suministrarán fertilizantes orgánicos para la reforma agrícola que se acaba de llevar a cabo. Esto también supone una mejora inmediata. En el tercero de ellos, hablamos obviamente de una reducción de la jornada laboral, pero también podríamos hablar del tiempo liberado por la colectivización de tareas.

Para que tengan una potencia de transformación política, no basta con enunciar estas demandas, obviamente. Tampoco tienen la misma potencia planteadas en un momento abstracto, frente a la que tienen lanzadas en una coyuntura específica que puede favorecer que tengan un recorrido mucho mayor. En cualquier caso, debemos ser conscientes de las advertencias anteriores: el margen de acción contando únicamente con la institución es bastante limitado. Un reciente artículo académico destacaba cómo llevar a cabo una reducción de la jornada laboral sin ruptura con la acumulación capitalista requeriría una gobernanza que asegure la tasa de ganancia del sector privado y la estabilidad macroeconómica. Un conocido instituto de un importante sindicato estatal presentaba hace poco un informe cuyo objetivo principal es el de “contribuir a que los cambios en el sector de la automoción no sean traumáticos ni para empresarios ni trabajadores”. ¿Vamos a asegurar la tasa de ganancia del sector privado y contribuir a que los cambios en el sector de la automoción no sean traumáticos para los empresarios? ¿Es acaso compatible esto con las transformaciones estructurales que consideramos necesarias? Si la respuesta es negativa, debemos armarnos con herramientas que nos permitan ir más allá.

5.

En primer lugar, creo que las generaciones más jóvenes tenemos una importante tarea de sentarnos a conocer con calma una parte importante de lo que nos antecede. Hace unos meses expresaba que hay veces en las que me sale gritar: ¡dejemos de escribir cosas nuevas y sentémonos a leer con calma todas las elaboraciones de los años 70 y 80! Porque lo que nos encontramos ahí es tremendamente valioso. Y porque lo de tener que descubrir cómo funciona el mundo en cada generación es algo demasiado cansado. Si queremos tener tiempo para transformar el mundo, más vale que nos apoyemos en la herencia que nos precede y le demos vigencia a sus aprendizajes aplicándolos con entusiasmo sobre el presente.

En segundo lugar, creo que hay que abandonar cierta tendencia hacia un ombliguismo ecologista. Una dinámica en la que parece que únicamente tiene interés para el ecologismo aquello que habla de recursos naturales, emisiones, energía y biodiversidad. Las causas de la situación no están ahí, así que debemos ampliar mucho más el foco. Del mismo modo, referido a la tradición política ecosocialista en la que yo me inscribo: creo que se ha perdido demasiado tiempo tratando de buscar las nociones ecológicas de Marx y se le ha dedicado demasiado poco tiempo a aplicar los conceptos centrales de la teoría marxista a la crisis ecológica. Cuestiones fundamentales como la crítica de la economía política, la teoría marxista de las crisis, la teoría de la reproducción social, las teorías del estado, la planificación democrática de la economía, el programa de transición, o el partido y la estrategia. Afortunadamente hay excepciones, muy valiosas, pero es una tendencia que me preocupa y todavía no termino de comprender por qué se ha dado, aunque tengo mis sospechas. No quisiera pecar de soberbia, y es posible que se me escapen obras y autores en las que sí se enlazó adecuadamente todo ello, pero a día de hoy lo detecto como una importante ausencia.

En tercer lugar, muchas veces tengo la impresión de que le dedicamos demasiado tiempo a hablar del “¿qué?” y demasiado poco a hablar del “¿cómo?”. Y nos embarcamos en discusiones eternas sobre el diagnóstico sin apenas dedicarle tiempo a los pasos inmediatos que deberían darse y en los que pueden coincidir múltiples caminos. Creo que esto hasta cierto punto es una muestra de impotencia, incluso de resignación. O, en el peor de los casos, de haber asumido que no hay “¿cómo?” posible. Ante esto no podemos más que revelarnos e impugnarlo. Creo que el ecologismo debe ser sobre todo una

filosofía de la praxis. Para eso debemos recuperar e interrogar viejas y nuevas preguntas con la impaciencia militante que nos impone la crisis ecológica. Sacudir, estrujar y exprimir apasionadamente a la teoría para que sea radicalmente fértil, buscando inflexiblemente la estrategia política que más lejos nos permita llegar. Aquí creo que todavía tenemos mucho trabajo por hacer, y que el diálogo intergeneracional es fundamental para ello.

Por último, transmitiría una suerte de exoneración de la responsabilidad. No creo que pueda afirmarse con seriedad aquello de “este es el planeta que nos han legado las generaciones anteriores”. Eso es equivalente a asumir a la humanidad como la responsable de la crisis ecológica. Si partimos de una comprensión histórica de las relaciones sociales, sabemos que da igual que en 1972 hubiera algunos informes científicos que dijeran lo mismo que vemos ahora. En política revolucionaria lo que necesitamos es conciencia, organización y acción de masas. Eso no es algo con lo que se contara en su momento en un sentido ecosocial. Quizás en estos momentos nos aproximamos a unos niveles masivos de conciencia sobre el problema. Eso no basta, no es suficiente, pero sí es una condición necesaria sobre la que podemos encontrar un terreno más fértil. Quizás en estos momentos empieza a haber margen para la política revolucionaria de masas en un sentido ecosocialista. A partir de ello, lo haremos lo mejor que podamos, al igual que lo hicieron quienes nos preceden.